

Olga

Bernhard Schlink

Olga

Traducción de Carles Andreu



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Olga
© Diogenes Verlag AG
Zúrich, 2018

Ilustración: «A Dark Pool», Laura Knight. Laing Art Gallery, Newcastle upon Tyne, Reino Unido. © Tyne & Wear Archives & Museums / Bridgeman Images

Primera edición: junio 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carles Andreu, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8039-7

Depósito Legal: B. 13276-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Primera parte

—No te va a estorbar nada, lo que más le gusta es mirarlo todo.

Al principio, la vecina con quien la madre había dejado a su hija no se lo creía, pero realmente fue así. La niña, que tenía un año, entró en la cocina y se dedicó a observarlo todo: la mesa y las cuatro sillas, el aparador, el horno con las sartenes y los cucharones, el fregadero, con el espejo encima y la palangana, la ventana, las cortinas y, finalmente, la lámpara que colgaba del techo. Entonces dio unos pasos y se detuvo ante la puerta abierta del dormitorio, desde donde siguió su examen: la cama, la mesita de noche, el armario, la cómoda, la ventana, las cortinas y, finalmente, una vez más, la lámpara. Parecía sumamente interesada, aunque el piso de la vecina tenía casi la misma distribución y el mismo mobiliario que el de sus padres. Cuando a la vecina le pareció que la niña, pequeña y callada, había visto ya todo lo que había por ver en su piso de dos habitaciones (el baño estaba en la escalera), la ayudó a sentarse en una silla junto a la ventana.

Era un barrio pobre, y en la parte de atrás de todos los edificios altos había un pequeño patio tras el que se alzaba

otro edificio. En la estrecha calle apenas había sitio para toda la gente que salía de las casas, el tranvía, las carretillas con las que pequeños comerciantes vendían patatas, verduras y fruta, y los hombres y mujeres que compraban baratijas, cigarrillos y cerillas a los vendedores ambulantes, chicos que vendían periódicos y mujeres que se vendían a sí mismas. En las esquinas había hombres que esperaban una oportunidad, lo que fuera. Cada diez minutos pasaba por la vía un vagón tirado por dos caballos y la niña aplaudía.

La cría fue creciendo, pero estar quieta y mirarlo todo seguía siendo su actividad preferida. No porque tuviera problemas con andar, pues andaba con agilidad y confianza, pero le gustaba observar y comprender todo lo que sucedía a su alrededor. Sus padres apenas hablaban, ni entre sí ni con ella; si poseía palabras e ideas era gracias a la vecina, una mujer parlanchina que había tenido que dejar el trabajo tras una caída y que con frecuencia hacía las veces de madre. Si salía con la niña a la calle, tenía que caminar despacio y detenerse con frecuencia, pero aprovechaba para comentar con ella todo lo que veía: todo era susceptible de una explicación, una opinión, una lección; la pequeña, que estaba encantada con el paso lento y las paradas frecuentes, la escuchaba con embeleso.

La vecina decidió que debía jugar más con otros niños. Pero los patios y pasillos oscuros eran lugares hostiles donde, para hacerse valer, uno tenía que luchar, pues quien no luchaba salía malparado. Más que una diversión, los juegos infantiles eran una preparación para la lucha por ser. La niña no era ni miedosa ni débil, pero no le gustaban esos juegos.

Antes incluso de llegar al colegio ya había aprendido a leer y a escribir. Al principio la vecina no había querido

instruirla, para que luego no se aburriera en clase, pero había terminado enseñándole de todos modos. La niña leía todo lo que encontraba en casa: los *Cuentos* de Grimm, las *Ciento cincuenta historias morales* de Hoffmann, los *Destinos de la muñeca Wunderhold* y *Pedro el desgreñado*. Pasaba largas horas leyendo de pie, apoyada en el aparador o en el alféizar de la ventana.

Aunque no hubiera sabido leer ni escribir, la niña se habría aburrido igualmente en el colegio. Vara en mano, el maestro insistía en que las cuarenta alumnas aprendieran el abecedario letra a letra, y las obligaba a hacer tediosos ejercicios, a leer y repetir en voz alta, a copiar y hacer dictados. Pero ella aprendió ávidamente a contar para que los vendedores no la engatusaran cuando iba a comprar y le gustaba mucho cantar. En clase de historia local, el maestro se llevaba a las alumnas de excursión, y así fue como la niña conoció Breslau, la ciudad y sus alrededores.

La niña aprendió también que se estaba criando en la pobreza. El hecho de que la escuela, un edificio nuevo de ladrillo rojo con cornisas y columnas de arenisca amarilla, fuera más bonita que el resto de casas del barrio no significaba que estas fueran sórdidas. La escuela era la escuela. Pero después de ver las elegantes residencias y las anchas avenidas, las villas ajardinadas, los regios edificios públicos y las grandes plazas, y de respirar el aire en los puentes y a orillas del río, la niña comprendió que en su barrio vivían los pobres y que ella era uno más.

Su padre era estibador y cuando no había trabajo en el puerto se quedaba en casa. Su madre trabajaba como lavandera: recogía la colada en las casas de la gente bien, se la llevaba en un fardo sobre la cabeza y, después de lavarla, se la volvía a colocar sobre la cabeza y la devolvía planchada y envuelta en una sábana. Tenía trabajo día sí, día también, pero no ganaba demasiado dinero.

Después de pasar varios días trabajando en la grúa, sin dormir ni cambiarse de ropa, el padre se puso enfermo. Le dolía la cabeza, estaba mareado y tenía fiebre. La madre se ocupó de él y trató de aplacar la calentura con

paños húmedos en la frente y las pantorrillas. Al ver los sarpullidos rojos que le habían salido en el estómago y los hombros se asustó, y para cuando el médico se presentó en casa, también ella se sentía mareada y febril. El médico diagnosticó tifus y los mandó a los dos al hospital. La despedida de la niña fue breve.

No volvió a ver a sus padres. No podía visitarlos en el hospital para no contagiarse. La vecina, que la cuidaba, le aseguró que se pondrían bien pronto, pero su padre murió al cabo de una semana y su madre al cabo de diez días. La niña habría querido quedarse en casa de la vecina, y la vecina habría estado encantada de hacerse cargo de ella, pero la abuela paterna decidió llevársela a Pomerania.

Ya durante los primeros días, que la abuela dedicó a preparar el entierro, liquidar la vivienda y sacar a la niña del colegio, quedó claro que las dos no se entendían. La abuela no había dado el visto bueno al matrimonio de su hijo. Orgullosa de su sangre alemana, nunca creyó que Olga Nowak, por mucho que hablara alemán de forma fluida, fuera la mujer adecuada para su hijo. Tampoco le había parecido bien que los padres le pusieran a la niña el nombre de la madre. En cuanto estuviera bajo su custodia, abandonaría su nombre eslavo y adoptaría uno germánico.

Pero Olga no se dejó arrebatarse el nombre. Cada vez que la abuela intentaba explicarle los inconvenientes de su nombre eslavo y las ventajas de tener un nombre alemán, Olga la miraba con expresión de perplejidad. Y cuando la abuela le propuso que eligiera ella misma el nombre germánico que más le gustara, de Edeltraud a Hildegard, la pequeña se negó, y entonces, cuando la abuela dijo que basta y que a partir de aquel momento se llamaba Helga, que era casi lo mismo que Olga, la niña se cruzó de brazos, dejó de hablar

y decidió no responder cuando la llamaba por aquel nombre. Esa fue la situación durante el viaje de Breslau a Pomerania y también durante los primeros días tras su llegada. Finalmente, la abuela se rindió, y a partir de aquel momento vio para siempre a Olga como una niña rebelde, impertinente y desagradecida.

En aquel nuevo hogar, a Olga todo le resultaba extraño: tras la gran ciudad, el pueblo y los anchos paisajes; tras el colegio de niñas con un sinnúmero de clases, la escuela mixta con una única aula; tras el bullicio de Silesia, la calma de Pomerania; tras el cariño de la vecina, la reserva de la abuela; tras todo el tiempo libre para leer, el trabajo en el campo y en el huerto. Olga se conformó, como hacen los niños pobres desde muy temprana edad, pero al mismo tiempo tenía más ambición que los demás: quería aprender más, saber más, hacer más cosas. En casa de la abuela no había ni libros ni piano, y Olga estuvo persiguiendo al maestro hasta que este le dio varios libros de la biblioteca, y al organista hasta que este le explicó cómo funcionaba el órgano y la dejó tocarlo. Y, cuando durante la clase de instrucción de catecúmenos el cura se refirió negativamente al libro sobre la vida de Jesús de David Friedrich Strauss, tras mucho insistir, Olga logró convencerlo para que se lo prestara.

Se sentía sola. Los niños del pueblo no jugaban tanto como los de la ciudad, pues tenían que trabajar. En todo caso, los juegos allí eran igual de hostiles que en la ciudad, y Olga estaba preparada para hacerse valer. Pero sabía que no encajaba. Anhelaba la compañía de alguien que tampoco encajara. Hasta que un día lo encontró. También él era distinto. Lo había sido desde siempre.

En cuanto pudo ponerse en pie, el niño quiso caminar. Como paso a paso no avanzaba lo bastante rápido, levantaba un pie antes incluso de plantar el otro en el suelo y se caía. Se levantaba, daba un paso, daba otro, sentía una vez más que iba demasiado despacio, levantaba de nuevo un pie antes de plantar el otro y volvía a caerse. Levantarse, caerse, levantarse... El niño seguía adelante, impaciente, infatigable. «Caminar no le interesa, él lo que quiere es correr», pensaba su madre observándolo, y sacudía la cabeza.

Incluso después de aprender que solo podía levantar un pie del suelo después de haber plantado el otro, seguía sin querer andar. Avanzaba a trompicones, con pasitos cortos, y cuando los padres le ponían el arnés y lo sacaban a pasear atado con la correa, como estaba de moda en aquellos tiempos, no podían evitar reírse, pues el pequeño trotaba como un poni. Al mismo tiempo, sin embargo, estaban un poco preocupados: los otros niños andaban mejor con la correa.

Con tres años ya corría. Corría a sus anchas por toda la casa, amplia como era: corría por sus tres plantas y dos buhardillas, por los largos pasillos, escaleras arriba y esca-

leras abajo, por las habitaciones interconectadas y por la terraza hasta salir al parque, a los campos y al bosque. Cuando empezó el colegio, iba corriendo al colegio. No porque se hubiera dormido o se hubiera entretenido cepillándose los dientes y temiera llegar tarde, simplemente prefería correr a caminar.

Al principio, los otros niños corrían con él. Su padre era el hombre más rico del pueblo y su finca daba trabajo y sustento a numerosas familias; se encargaba de zanjar disputas, velaba por la iglesia y la escuela, y se aseguraba de que la gente votara como era debido. Los demás niños admiraban a su hijo y durante un tiempo trataron de imitarlo, pero al final terminaron distanciándose de él debido tanto al respeto con el que lo trataban los maestros como a sus modales, su forma de hablar y de vestirse. Y a lo mejor habrían estado encantados de convertirse en su séquito si a su vez él hubiera querido ser el líder, pero el niño no tenía ningún interés en ello. No por arrogancia, sino por obstinación. Que los demás jugaran a lo que quisieran, que él ya tenía sus propios juegos. No los necesitaba para nada. Desde luego, no los necesitaba para correr.

A los siete años, sus padres le regalaron un perro. Como admiraban Inglaterra y adoraban a Victoria, la viuda del káiser Federico, optaron por un border collie, un pastor inglés que debía acompañar y proteger a su hijo en sus correrías. El perro, que iba siempre un trecho delante del niño, se volvía a menudo a mirar a su joven dueño y pronto desarrolló una notable intuición para adivinar adónde quería dirigirse. Juntos recorrían senderos y lindes de los bosques, veredas boscosas y cortafuegos, y a menudo también corrían a bosque y campo traviesa. Al niño le encantaba el campo abierto y el bosque claro, pero cuando el trigo estaba alto, corría entre las espigas para

sentirlas contra las piernas y los brazos desnudos, y corría entre el monte bajo para que las zarzas lo arañaran y tiraran de él, y para poder soltarse cuando estas querían retenerlo. Si los castores construían una presa que convertía el arroyo en un pantano, él lo atravesaba corriendo. Nada podía detenerlo, nada.

Sabía perfectamente a qué hora llegaba el tren al pueblo y a qué hora partía; entonces, iba corriendo a la estación y lo seguía corriendo junto a las vías, hasta que el último vagón lo había adelantado. Cuanto más mayor se hacía, más rato era capaz de seguir el convoy, aunque superarlo no fuera en sí su objetivo. El tren lo empujaba hasta el punto en el que el corazón no podía latirle más rápido y él no podía respirar más deprisa. Era capaz de alcanzar ese punto solo, desde luego, pero prefería que fuera el tren quien lo llevara hasta allí.

Oía sus propios jadeos y el palpar de su corazón. Oía el batir de sus zancadas sobre el suelo, regulares, seguras, ligeras, y cada pisada contenía ya el impulso para levantarse de nuevo, y cada vez que se levantaba sentía como si flotara. A veces tenía la sensación de estar volando.

Sus padres lo bautizaron con el nombre de Herbert, pues su padre había sido soldado en cuerpo y alma, había recibido la Cruz de Hierro en la batalla de Gravelotte y había decidido que si tenía un hijo le pondría Herbert, el ilustre guerrero. Le explicó a su hijo el significado de su nombre y Herbert se sintió orgulloso de él.

Estaba orgulloso de Alemania, de aquel joven Reich y su joven káiser, de su padre, de su madre, de su hermana y de la finca familiar, con sus distinguidas propiedades y aquella casa tan majestuosa. Lo único que le molestaba era la asimetría de la fachada. La puerta de entrada estaba corrida a la derecha y, debajo de cinco ventanas simétricas en las plantas superiores y bajo el tejado, tenía tres ventanas a la izquierda y una a la derecha. Nadie sabía explicar el porqué de aquella falta de equilibrio: la casa tenía ya más de doscientos años y había pasado a ser propiedad de la familia hacía tan solo una generación.

El abuelo había adquirido la finca a un noble venido a menos con la esperanza de que un día lo aceptaran entre la nobleza, y si no a él, por lo menos a su hijo, el héroe de Gravelotte. También el padre albergaba esperanzas de po-

der añadir un título nobiliario a su finca señorial y a la Cruz de Hierro. Pero se quedó para siempre en Schröder, motivo por el cual más adelante Herbert, que no se conformaba con ser un Schröder más, decidió incorporar el nombre del señorío a su apellido.

A pesar de sus sueños de grandeza, tanto el abuelo como el padre eran hombres sensatos y capaces. Hicieron prosperar la finca, construyeron una refinería de azúcar y una fábrica de cerveza, y ganaron suficiente dinero para especular con acciones. A la familia no le faltó nunca de nada, y los hermanos, Herbert y Viktoria, vieron cumplidos todos sus deseos, siempre y cuando fueran razonables: se les negó la autorización para dejar de acudir al colegio y a la iglesia, pero se les concedió ir de viaje a Berlín; no se les permitió leer novelas, pero sí libros de historia nacional; nunca pudieron tener una maqueta de tren inglesa, con locomotora a vapor y todo, pero sí un bote y un fusil. Después de pasar cuatro años yendo a la escuela con los niños del pueblo, los hermanos empezaron a recibir lecciones particulares con un preceptor de matemáticas y ciencias naturales, y una preceptora de cultura y lenguas. Herbert tomaba clases de violín, y Viktoria de piano y canto. Además, Herbert echaba una mano en la finca para así aprender qué podía esperarse de los capataces, los mozos y las sirvientas.

Cuando llegó el momento de que Herbert empezara a tomar clases de catequesis, y aunque tenía un año menos que él y era todavía demasiado joven, Viktoria lo acompañó. Los padres querían que, como ya habían hecho en el colegio, los hermanos compartieran la instrucción de catecúmenos con los niños del pueblo, pero preferían no exponer a la niña a su rudeza sin la protección de su hermano. No es que Viktoria tuviera miedo a los demás

niños: los dos hermanos poseían la osadía propia de quienes no han tenido que sufrir ni temer ninguna desgracia en la vida. Pero a Viktoria no le haría ningún daño practicar las gracias de la mujer débil, ni a Herbert la nobleza del hombre fuerte. Ambos encontraban motivos de placer en sus papeles. A veces Herbert intentaba provocar las impertinencias de los otros niños para así poder proteger a Viktoria. Pero no se dejaban provocar: no querían tener nada que ver con ellos.

Hasta que llegó Olga. Para Herbert y Viktoria, la curiosidad y admiración con la que Olga se interesaba por su mundo resultaba irresistible. Lo poco que tardaron en hacerse amigos de ella fue una demostración de lo solos que estaban, aunque no lo supieran.

Existe una fotografía en la que aparecen los tres en el jardín. Viktoria está sentada en un columpio, con un vestido ancho, un sombrerito con alas y flores y una sombrilla desplegada, los pies cruzados y la cabeza ladeada. A su izquierda, apoyado en el columpio, está Herbert, con pantalón corto y camisa blanca, y a su derecha, con un vestido negro con cuello blanco, Olga. Ambos se miran como si estuvieran tramando algo, como si se dispusieran a empujar el columpio al unísono. Los tres tienen una expresión seria y concentrada. ¿Estarán reproduciendo la escena de algún libro? ¿Agasajan Herbert y Olga a Viktoria? ¿Lo hacen porque, a pesar de ser la pequeña, esta sabe cómo dominar a su hermano y a su amiga? Sea cual sea su objetivo, lo persiguen con concentrada seriedad.

Los tres niños aparentan dieciocho años, aunque en el reverso de la fotografía pone que esta se tomó justo el día antes de la confirmación. Las niñas son rubias las dos: los rizos de Viktoria asoman por debajo del gorrito; Olga lleva el pelo liso recogido en un moño en el cogote. Los labios torcidos de Viktoria delatan hasta qué punto puede malhumorarse si no está en paz con el mundo. Olga tiene la bar-

billa dura, los pómulos marcados y la frente alta, un rostro recio, en el que la mirada se va deleitando cuanto más se entretiene en él. Ambas tienen un aspecto grave, como dos chicas preparadas ya para casarse, tener hijos y llevar una casa, dos mujercitas. Herbert también pretende ser un hombre joven, pero todavía es un muchacho: menudo, fornido y fuerte, por mucho que hinche el pecho y levante la cabeza, no logra pasar a las dos chicas, ni las pasará nunca.

En fotografías posteriores a Herbert también le gustará posar, imitando al joven káiser. Viktoria pronto empezará a engordar; la comida la reconcilia con el mundo, el tejido adiposo disimula su malhumor a la par que le brinda un encantador aspecto infantil. Esa es la única imagen que se conserva de Olga en aquella época. Solo los padres de Herbert y Viktoria podían permitirse un fotógrafo, y si Olga aparece en esa en concreto es solo porque casualmente estaba allí.

El año posterior a la confirmación, Viktoria empezó a suplicar que la mandaran a un internado para señoritas en Königsberg. Durante una velada en una finca cercana, la hija de los anfitriones le había descrito la vida en uno de esos internados como el sùmmum del lujo y la elegancia, una vida vedada para cualquier muchacha que se enorgulleciera de haber crecido entre campesinos. Al principio sus padres no querían, pero Viktoria era testaruda. Y, una vez que logró salirse con la suya, se mantuvo también testarudamente en sus trece, afirmando que la vida en el internado era la vida aristocrática por antonomasia.

Olga quería entrar en el seminario nacional para maestras de Posen, pero para ello tenía que pasar un examen de acceso y acreditar los conocimientos del curso superior de la escuela de enseñanza media para muchachas. No le habría importado caminar cada mañana y

cada atardecer los siete kilómetros que había hasta la escuela de la capital del distrito, pero no disponía ni del dinero para la matrícula ni de nadie que pudiera interceder por ella para que la eximieran de abonar las tasas escolares. El maestro y el cura del pueblo consideraban que, para las chicas, la educación superior era un capricho. Finalmente, Olga decidió que iba a adquirir por sí misma los conocimientos del curso superior.

Pero cuando acudió a la escuela de enseñanza media para averiguar qué debía saber una al terminar el curso superior, se sintió tan intimidada por el imponente edificio, las anchas escalinatas, los largos pasillos llenos de puertas, la ligereza con que las chicas se reunían en los vestíbulos, riendo y charlando entre timbre y timbre, y la seguridad con que las maestras, la cabeza siempre erguida, entraban y salían de las aulas, que se quedó petrificada en un rincón, junto a la escalera principal, desde donde lo observó todo. Finalmente, una maestra que acababa de dar una clase reparó en su presencia. Cuando Olga, con lágrimas en los ojos, le explicó por qué había acudido a la escuela, la tomó del brazo, la sacó de la escuela y se la llevó a su casa.

—Religión, lengua, historia, aritmética, geografía, ciencias naturales, caligrafía, dibujo, canto y labores. ¿Te ves capaz?

Olga había estudiado catecismo durante las clases de confirmación, había leído dramas de Schiller, novelas de Freytag y la *Historia patriótica de Prusia* de Saegert, se sabía de memoria varios poemas de Goethe y de Mörike, de Heine y de Fontane, y varias canciones del *Deutscher Liedergarten* de Erk. La maestra le pidió a Olga que recitara un poema, que cantara una canción y que resolviera una operación matemática de cabeza. Inspeccionó el bolsito de ganchillo de Olga, que había hecho ella misma, y se convenció de las capacidades de Olga en cuanto a labores, dibujo y caligrafía. Sus pun-

tos débiles eran la geografía y las ciencias naturales: Olga conocía muchos árboles, flores y setas, pero nunca había oído hablar de las familias vegetales y animales, de Carl von Linné, ni de Alexander von Humboldt.

A la maestra le gustó Olga y le prestó un manual de geografía general y otro de economía doméstica y ciencias naturales. Si necesitaba consejo, le dijo, podía ir a verla en cualquier momento.

—Y hazme el favor de leer la Biblia y el *Fausto!*

Herbert sabía que con dieciocho años ingresaría en el regimiento de infantería, pero hasta entonces debía seguir el bachillerato. Se preparó obedientemente para ello con sus preceptores privados, pero sus pasiones eran el tiro y la caza, la equitación, el remo y correr. Sabía que un día heredaría la finca, con la refinería de azúcar y la fábrica de cerveza, y que su padre había hecho bien introduciéndolo en la gestión del negocio, pero aun así no se veía como señor del campo y dueño de la fábrica. Lo que verdaderamente captaba su atención era la vastedad de la tierra y el cielo. Cuando salía a correr, no regresaba porque estuviera agotado, sino porque empezaba a oscurecer y no quería que su madre se preocupara. Soñaba con correr siguiendo el sol, a través de un día sin fin.

Tras la marcha de Viktoria, ahora que eran dos, Olga y Herbert necesitaron un tiempo para acostumbrarse a aquella nueva intimidad. Visitar a Herbert no era lo mismo que visitarlos a él y a Viktoria; y al percatarse de las miradas de suspicacia de los padres, Olga renunció a aquel hábito. También Herbert detestaba las sonrisas burlonas que les dirigía la gente del pueblo cuando se topaba con ellos, y empezó a evitar los paseos y las excursiones en barca en las que, cuando eran tres, solían participar ingenuamente.

Lo mismo que el maestro y el cura, la abuela consideraba innecesario que Olga recibiera educación superior y, por mucho que esta quisiera prepararse para el examen de ingreso, si estaba en casa no la dejaba tranquila, aunque en realidad no necesitara su ayuda, por lo que con la llegada del verano Olga solía coger sus libros y se refugiaba en un lugar solitario en la linde del bosque. Entonces Herbert cogía al perro y a veces también la escopeta, e iba a visitarla. Un día le enseñó a Olga un refugio de cazadores donde podía estudiar cuando llovía, y a menudo le llevaba algún obsequio: una pieza de fruta, un trozo de pastel, una botella de mosto...

Por lo general iba a verla corriendo, se echaba en la hierba, junto a ella, con la lengua fuera, y esperaba a que Olga interrumpiera su tarea. «A ver, ¿qué has aprendido que no supieras esta mañana?» era siempre su primera pregunta.

Ella respondía con mucho gusto, y así veía qué había retenido y qué cosas se le habían olvidado ya y tenía que volver a estudiar. A Herbert le interesaban sobre todo la geografía y las ciencias naturales, y cómo vivir de lo que ofrecía la tierra.

—¿Hay líquenes comestibles?

—El musgo islandés sí. Es un buen remedio contra el resfriado y el dolor de barriga, pero también sirve como alimento.

—¿Cómo se puede saber si una seta es venenosa?

—Hay que memorizar o bien las trescientas que son comestibles, o bien las trescientas que no lo son.

—¿Qué tipos de planta crecen en el Ártico?

—En la tundra crece...

—No me refiero a la tundra, sino...

—¿En el desierto de hielo? Allí no crece nada.

A petición suya, Herbert le llevó sus manuales escolares y Olga se dio cuenta de que no tenía de qué avergonzarse con él, pues solo la aventajaba en idiomas: su preceptora hablaba inglés y francés con él, mientras que con ella no hablaba nadie. Aunque no necesitaba los idiomas para el examen de acceso, un día quería viajar a París y a Londres, ciudades sobre las que había leído en el *Diccionario enciclopédico Meyer* y con las que también estaba más familiarizada que Herbert.

Así como Herbert quería saber qué cosas aprendía Olga, también quería contarle lo que él pensaba. Un día le confesó que se había vuelto ateo.

Una vez más había ido a verla corriendo. Se plantó ante ella, jadeando, con las manos en las rodillas, y sin aliento, atropelladamente, dijo:

–Dios no existe.

–Un segundo –respondió Olga, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y el libro sobre el regazo.

Él esperó hasta haber recuperado el aliento, se echó sobre la hierba y cruzó las manos en la nuca, mientras sus ojos iban de Olga al perro, ella a su derecha, el animal a su izquierda, y luego se perdían en el cielo azul, por donde pasaban veloces jirones de nubes blancas.

–Dios no existe –repitió entonces, con tono firme y calmado, como si acabara de hacer un descubrimiento o, mejor dicho, de llegar a una conclusión.

Olga levantó la vista del libro y se quedó mirando a Herbert.

–¿Y entonces?

–Entonces, ¿qué?

—¿Qué hay en su lugar?

—Nada —respondió Herbert y se rió, meneando la cabeza: la pregunta le había hecho gracia—. El mundo, eso sí existe, pero no hay ni cielo ni Dios.

Olga dejó el libro a un lado, se echó junto a Herbert y contempló el cielo. Le gustaba el cielo, azul o gris, incluso aunque lloviera o nevara, cuando uno tenía que entrecerrar los ojos para ver las gotas o los copos de nieve. ¿Dios? ¿Por qué no podía vivir en el cielo y de vez en cuando descender a la tierra, en la iglesia o en medio de la naturaleza?

—¿Y qué harás si de repente se presenta ante ti?

—¿Como Livingston delante de Stanley? Supongo que me inclinaría levemente y le tendería la mano. «*God, I presume?*»

A Herbert le hizo mucha gracia su propia broma y golpeó con las manos en el suelo mientras se reía a carcajadas. Olga se imaginó la escena: Herbert con calzones de cuero y camisa de cuadros, y Dios con uniforme blanco y casco colonial, los dos vagamente irritados, los dos extremadamente corteses. Se rió con él. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía la sensación de que no había que bromear a costa de Dios. Pero, sobre todo, quería silencio y poder estudiar tranquila. Con Dios, si quería ayudarla, y si no, sin él.

Pero Herbert no la dejaba tranquila: había descubierto las preguntas transcendentales.

—¿Existe el infinito? —preguntó unos días más tarde.

Estaban otra vez tendidos en el suelo, uno junto al otro, el rostro de Olga a la sombra del libro que sujetaba entre las manos, el de Herbert al sol, con los ojos cerrados y un tallo de hierba entre los labios.

—Las líneas paralelas se juntan en el infinito.

—Esa es la típica tontería que te enseñan en el colegio. Si te pusieras a caminar entre dos vías de tren, ¿de verdad crees que llegarías a un punto donde se juntan? Yo solo

puedo seguir las vías de forma finita, no infinita. Tal vez si corriera como tú...

—No te burles de mí —dijo Herbert con un suspiro—. Lo que yo quiero es saber si el infinito tiene algún sentido para personas finitas en una vida finita. ¿O es que Dios y el infinito son lo mismo?

Olga dejó el libro abierto encima del estómago, pero no lo soltó. Habría querido seguir leyendo, todavía tenía mucho que estudiar. El infinito le daba lo mismo. Pero cuando Herbert se volvió a mirarla, en sus ojos se mezclaban la preocupación y la esperanza.

—¿Qué te ha picado con el infinito?

—¿Que qué me ha picado? —preguntó Herbert, incorporándose—. Si algo es infinito, es también inalcanzable, ¿no? Pero ¿existe algo que sea inalcanzable no solo hoy en día y con los medios actuales, sino por definición?

—¿Qué harás con el infinito, si lo alcanzas?

Herbert no respondió y miró en la distancia. Olga se incorporó. ¿Qué veía él? Campos de zanahorias. Plantas verdes asomando de una serie de surcos marrones, que empezaban muy rectos para luego perderse tras el horizonte, debido a una depresión del terreno, para terminar confundándose en un prado verde. Chopos solitarios. Un pequeño bosque de hayas, como una isla oscura en medio del mar claro del campo de hortalizas. En el cielo no había ni una nube, el sol les calentaba la espalda y lo cubría todo de luz, el verde de las plantas y los árboles, el color pardo del suelo... ¿Qué veía él?

Herbert se volvió hacia ella y sonrió con timidez, desconcertado, aunque estaba seguro de que tenía que haber una respuesta para su pregunta, algo que pudiera satisfacer su deseo. A Olga le habría gustado tomarlo del brazo y pasarle la mano por el pelo, pero no se atrevió. Su anhelo la conmovía, era como el anhelo que el mundo provoca en

un niño. Pero ya no era un niño, y en su deseo, sus preguntas y sus ansias de correr Olga percibía una desesperación de la que el propio Herbert no era consciente.

Unos días más tarde, Herbert volvió a la carga y le preguntó si creía en la eternidad.

—¿Infinito y eternidad son lo mismo? El infinito hace referencia al espacio y al tiempo, mientras que la eternidad está relacionada solo con el tiempo. Pero ambas ideas remiten a algo que escapa a nuestras posibilidades, ¿no?

—Hay personas que recordamos desde hace muchísimos años. No sé si son eternos, pero Aquiles y Héctor murieron hace dos o tres mil años, y todavía sabemos de ellos. ¿Quieres pasar a la posteridad? ¿Es eso?

—Lo que yo quiero... —empezó a decir Héctor, que se apoyó sobre el brazo derecho y se volvió hacia ella—. No sé lo que quiero. Quiero algo más, algo más que todo esto, los campos, la finca, el pueblo, más que Königsberg y que Berlín, y más que el regimiento de infantería; y no es porque el regimiento de infantería vaya a pie: si fuera a caballo sería lo mismo. Quiero algo que deje todo esto atrás. O que apunte a algo más alto. He leído que unos ingenieros quieren construir una máquina con la que se pueda volar, y pienso... —Levantó la mirada hacia el cielo y al rato sonrió—. Cuando esa máquina exista y uno se siente en su interior y vuela con ella, será simplemente una cosa, como todas las demás cosas.

—Pues a mí me gustaría tener una cosa. Un piano, una estilográfica Soenneken, un vestidito nuevo para el verano y otro para el invierno, unos zapatos de verano y unos de invierno. ¿Una habitación es una cosa? Y, si no, el dinero sí es una cosa; no me importaría nada tener dinero para una habitación. A lo mejor es que te han...

—¿Malcriado?

Herbert se había vuelto completamente hacia Olga, el

brazo derecho apoyado en el suelo mientras se mecía el pelo con la mano izquierda, y se la quedó mirando.

—No, perdona. No te han malcriado. Lo que pasa es que no sabes qué significa ser yo. Pero yo tampoco sé qué significa ser tú. Yo pienso que tu vida es más fácil que la mía. O, mejor dicho, pienso que todo habría sido más fácil para mí si hubiera podido tener la misma vida que tú y Viktoria, si hubiera podido ir a la escuela de enseñanza media para muchachas y luego al seminario para maestras. Pero a lo mejor si hubiera tenido la misma vida que Viktoria también habría querido que me enviaran al internado para señoritas.

Olga sacudió la cabeza. Herbert esperó un momento, pero ella no añadió nada más.

—Me voy —dijo entonces.

Se levantó y el perro, que se había tendido junto a Olga para que esta lo acariciara, lo imitó y lo miró atentamente. Olga se había acostumbrado ya a que Herbert se marchara sin dar explicaciones. Pero que, en un abrir y cerrar de ojos, el perro pudiera pasar de estar tan cerca de ella a estar tan distante le dolía cada vez.

Herbert se puso en marcha y el perro pegó un brinco, deseoso de correr junto a él. Herbert se lo quitó de encima con un gesto juguetón y arrancó a correr. Pero de pronto se detuvo y se volvió hacia Olga.

—No tengo dinero. Solo me dan dinero cuando lo necesito para algo, siempre la cantidad justa. Pero en cuanto gane mi propio dinero lo primero que haré será comprarte una estilográfica.

Arrancó de nuevo y Olga lo vio alejarse por la linde del bosque y a través de los campos de zanahorias hasta llegar al camino, donde él y el perro se fueron haciendo pequeños, pequeños, hasta perderse tras el horizonte. Olga lo vio desaparecer, colmada de ternura.